

Aharon APPELFELD: *Historia de una vida*. Trad. por Rosa Méndez. Barcelona: Península, 2005, 188 pp.

## Las palabras adecuadas

Quien conozca la historia del pueblo judío más allá de lo que los medios de comunicación nos puedan haber contado, sobre todo si ha leído algunas de las obras que los escritores judíos han escrito a lo largo del siglo XX, puede que no logre entender cómo es posible que haya aún algún judío escritor que no haya hecho de la historia de este pueblo en la última centuria el eje narrativo o reflexivo de su obra. Cómo, siendo más claros, algún escritor judío ha podido escapar a ello y si tal vez dicho escritor, entonces, no es (no lo es ya, al menos) judío. Comienzo estas líneas con esta idea porque Aharon Appelfeld, en su autobiografía *Historia de una vida*, relata cómo, cuando escribió su primer libro, dijo de él la crítica: «Appelfeld no escribe sobre el Holocausto, sino sobre sus márgenes. No es sentimental, es controlado», lo cual no evitó, como escribe más adelante ser clasificado como «escritor del Holocausto».

Es cierto, en cualquier caso, que en él la memoria no sólo es elemento esencial de su *modus operandi* o forma de escritura, sino que es, al mismo tiempo, un protagonista esencial y palpable del contenido de lo que se describe. Véase, por ejemplo, su novela *Vía férrea*. Tal vez sea porque, como nos dice refiriéndose a los cuatro años que pasó escondiéndose en bosques y granjas en Ucrania, «todo lo que ocurrió se grabó en las células de mi cuerpo y no en mi memoria. Las células recuerdan más que la memoria, cuyo

cometido es recordar». Pero lo fundamental para él es que «un escritor, si lo es realmente, extrae de su interior lo que escribe, y la mayoría de las veces escribe sobre sí mismo; y si sus palabras tienen un significado, es porque es fiel a sí mismo, a su voz y a su ritmo». Y por eso concluye afirmando, a modo de reivindicación válida para toda la historia de la Literatura, que «sólo palabras adecuadas construyen un texto literario, no el tema». Probablemente sea éste el motivo por el que de algunas cosas es mejor no hablar: «He aprendido que una experiencia profunda se puede falsificar fácilmente», nos dice; de ahí que «tampoco esta vez tocaré ese fuego. No hablaré del campo de concentración, sino de mi huida, que emprendí en el otoño de 1942, cuando tenía diez años».

Luego está el estilo personal de cada autor. El suyo se caracteriza por un fluir de los acontecimientos sin odio aunque con cierta amargura imposible de limpiar ya y con la sola serenidad que da (y quizás, con suerte, incluso permite) el haber sobrevivido y llevar décadas viviendo ya en Israel, probablemente el único lugar donde muchos judíos se han sentido a salvo en el siglo XX. Es de este modo como Aharon Appelfeld pasa revista primorosamente a su infancia en la primera mitad del libro: la vida inicial con sus padres hasta el inicio de la guerra que supone la pérdida para siempre de su madre (cuya muerte nos es relatada de un modo inesperado y cuyos recuerdos afloran a lo largo de todo el libro) y el ingreso en un campo de concentración y la pérdida entonces, parcialmente durante dos décadas, de su padre; su escapada del campo atravesando Ucrania camino de Italia, etc.

En ocasiones asoma esa ironía judía que una ignora de dónde puede surgir, hablando de lo que hablan y narrando lo que narran estos escritores: «Por suerte para mí —explica cuando nos cuenta el modo rudo en que un hombre le enseñó a rezar una vez huido del campo de concentración—, esa misma semana nos trasladamos a otro campo y mis ganas de rezar fueron a menos». A brochazos (en la medida en que el recuerdo es generoso o mezquino con sus vivencias) el autor va recorriendo nuevamente el camino de su vida deteniéndose allí donde la memoria ha conservado alguien digno de permanecer en ella, fueran cuales fueran sus actos, gentes cuyas vidas se hallaban vinculadas «a la vida de otras muchas personas». Ésa es la trama de todas las historias, la relación entre hombres y mujeres.

En medio de esta estructura de relaciones se impone el estilo del escritor. Porque si la pluma de Appelfeld es luminosa al empezar a escribir, la tristeza imposible de olvidar resurge en esta autobiografía oscureciendo gradualmente la mirada hasta que, en el colofón de cada capítulo, suele el autor concluir con una lapidaria y triste aseveración a modo de final, y que, con frecuencia, coincide también con la desaparición de alguien que apareció en el momento que se relata en la vida del autor. Es por este contexto por el que descubrimos que Appelfeld nos narra su vida a medida que

habla de aquellos a quienes conoció. Incluso sorprenden entre estos brochazos los que aportan la luz a las zonas oscuras. No es únicamente que la vida esté llena de paradojas, sino que Appelfeld tiene el don de una mirada que se deja atraer por lo que de vida aún hay en el mundo. Sólo así puede escribirse una frase como: «En aquellos largos años de la guerra encontré a gente maravillosa».

La segunda mitad del libro, menos conmovedora, quizás, pero igualmente maravillosa, relata su incorporación a la vida en Israel que, significativamente, marca el inicio de su actividad escritora merced a la escritura de un diario en el que un chiquillo empieza a practicar la comunicación que el mundo le ha negado durante años: «solamente quien tiene dificultades en el habla necesita un diario», escribe el autor. Para el lector interesado en la gestación de la escritura son unos capítulos realmente extraordinarios: cómo a los dieciocho años «aún no sabía escribir correctamente», su inicio en la lectura en sus años en el Ejército, su paso por la universidad como estudiante de yídish, su encuentro con maestros como Martin Buber o Gershom Scholem... y, en definitiva, el renacimiento y la cura espiritual de una persona que salía así de un oscuro túnel que, a ratos, a días, aún continúa atravesando y algunos de cuyos detalles escalofriantes él relata en estas páginas.

En los últimos capítulos, por último, se expresan algunas de sus reflexiones en torno a la preocupación por el silencio que su generación ha vertido sobre sus descendientes: «La historia de sus vidas estaba sepultada en ellos sin cicatrizar», llega a decir. Este silencio, tan sumamente difícil de abatir desde dentro, supone una pesada losa sobre el recuerdo de lo que ocurrió, y que sólo puede dinamitarse al relatar lo sucedido, quiénes lo sufrieron, sus hechos y sus vidas... Estoy sin duda alguna de acuerdo con él en esto: al final nos llevaremos de nuestro paso por la Tierra lo que las personas han significado para nosotros. Por su parte, los demás tendrán lo que nosotros fuimos para cada uno de quienes, en algún momento de sus vidas, se cruzaron con nosotros en este camino ajeno y prestado por un tiempo, que llamamos vida. Contar todo eso implica, para hacerlo de un modo bello y justo, edificar un relato con palabras adecuadas. Esto es más difícil si tenemos en cuenta que, en el caso de Appelfeld, y como él mismo nos aclara, en aquella especie de infancia que fueron los años de la guerra «desarrollé mi desconfianza hacia las palabras». Quizás el Holocausto y lo que significó (*¿o designificó?*) sea el mejor ejemplo de la necesidad, para hablar de él, de encontrar las palabras adecuadas.

Asunción Escribano



Raymond CARR: *El rostro cambiante de Clío. Ensayos: España-Gran Bretaña-Historia*. Trad. por Eva R. Halffter. Madrid: Biblioteca Nueva/Fundación José Ortega y Gasset, 2005, 894 pp.

## Medio siglo de historiografía

Es poco lo que, sin pretender ahondar en profundidad en el estudio de sus aportaciones académicas, puede decirse nuevo a estas alturas sobre Raymond Carr y su papel en la reciente evolución de la historiografía contemporánea, y en concreto en su vertiente hispanista. Sin embargo, el volumen que ahora nos ocupa tiene el interés de mostrarnos, por la fragmentaria temática de sus textos y la dispersión cronológica de los mismos (exactamente medio siglo separa a los más recientes de los primeros), la faceta más internacional y global de un historiador vinculado, quizás extremadamente, sin que de ello nadie se arrepienta hoy en día, al estudio de la historia de la España contemporánea.

Lo que demuestra la obra de Raymond Carr como, en definitiva, la tarea de tantos egregios hispanistas, es el hecho tan necesario para los estudios históricos, y en especial en el caso de aquellos vinculados a las Ciencias Sociales, de que el mantenimiento de la distancia con relación a los temas tratados produce o, al menos, favorece, lo que los científicos denominan objetividad, y que en la mayoría de los casos el historiador implicado por motivos personales en el tema no logra evitar, ni eso ni sus consecuencias negativas para la investigación, y esto que sirve claramente en el ámbito del hispanismo es igualmente válido en otros campos.

Los textos, editados por Biblioteca Nueva y la Fundación José Ortega y Gasset, se encuentran repartidos en numerosos campos establecidos por el propio autor. En su mayor parte se trata de reseñas o críticas de libros publicadas, por un lado, en la prensa: *Times Literary Supplement*, *Literary Review*, *The Spectator* (con el que la relación se mantuvo durante tres décadas), o *The New York Review of Books*; y, por otro lado, en revistas especializadas tales como *English Historical Review*, *The Journal of Ecclesiastical History* o *History Today*. Hay también algún prólogo y otros capítulos de libros publicados en monografías diversas o colaboraciones de diferentes tipos.

Pero si llama la atención la diversidad de lo publicado, más sorprendente es aún la amplitud de campos temáticos abarcados, que trascienden con mucho lo que podríamos considerar como los temas propios de su dedicación profesional a la historia contemporánea de España y Gran Bretaña. Por el contrario, los capítulos en que se ha estructurado la obra y entre los que han sido repartidos los textos (tres grandes bloques: los capítulos de España y Gran Bretaña, subdivididos a su vez en otra media docena de apartados cada uno y, un tercer grupo de capítulos dedicados a Historia, Literatura, Retratos, Dios y religión y Miscelánea) dicen mucho de la riqueza y amplitud intelectual de sir Raymond Carr quien, no sólo abarca en sus textos todas las épocas históricas, sino espacios a los que dedica abundantes páginas como la literatura o la cultura en general, la historia de la historiografía (de ahí el título de la obra), la caza del zorro, América Latina, etc.

Por otra parte, hay que reconocer que pocos historiadores de prestigio escapan en nuestros días a los cantos de sirena que les llevan a divulgar sus conocimientos en los medios de comunicación, la prensa en concreto. La historia (por lo que tiene de narración) es notablemente propensa a ello, hallándose capacitada como pocas disciplinas para ser divulgada y asumida como propia por el

público en general y, en este sentido, los suplementos culturales (y la elaboración de reseñas, concretamente) dan la oportunidad a muchos historiadores de lucir sus modos literarios en fugaces y relampagueantes textos cortos que aproximan la historia al lector de a pie, y no pocos de ellos se salvan y salen más que airosos en el intento.

Entre las ventajas de este tipo de escritura (llamémosla periodística) para los profesionales de la historiografía, están, entre otras, las siguientes: se trata de una actividad que empuja a los autores a escaparse durante unas horas de los rigores del estilo y la redacción académicos; proporciona, también, unos ingresos alternativos, a la vez que fugaces apariciones en los medios de comunicación, contribuyendo a mostrar esa imagen de especialistas que, en ocasiones, años o décadas de trabajo universitario no han conseguido sacar a la luz; y, por último, hay que reconocer que estas incursiones en el territorio periodístico permiten a sus autores hablar, fuera de los ámbitos especializados, de temas que les atraen aunque no son desde el punto de vista de la investigación aquellos en los que el autor se ha especializado, a veces ni siquiera tienen que ver con su trabajo.

En otro orden de cosas, este tipo de recopilaciones sirve, además, para valorar en su justo precio una tarea que suele mantenerse al margen en los autores de reconocido prestigio y que, sin embargo, nos ayuda a conocer la medida exacta de su valía, precisamente, porque se trata de textos escritos de manera vocacional y como divertimento, a pesar, como es el caso, de su cuantía. Por otra parte, y para finalizar, esta prosa dispersa suele mostrar caras desconocidas de los profesionales y, más en concreto, a la persona que, más allá de los textos, escribe sobre la vida. De ahí que textos como el que hace referencia a Iris Murdoch en sus últimos días («El vuelo de la imaginación») o a la deforestación amazónica («¿Progreso a cualquier precio?»), o algunos de los dedicados a la caza del zorro, nos hablen de un Raymond Carr con sus opiniones al que, transitoriamente, los ciudadanos normales podemos parecernos.

Fernando Benito



John CORNWELL: *Los científicos de Hitler. Ciencia, guerra y el pacto con el diablo*. Trad. por Ramón Ibero y rev. técnica por Joan Vilaltella. Barcelona: Paidós, 2005, 486 pp.

## Ciencia sin conciencia

Todo aquél que se sitúe reflexivamente ante cualquiera de las múltiples y diversas vertientes del acontecimiento que fue y supuso la II Guerra Mundial no puede evitar ser arrastrado hasta el fondeadero en que, mansamente ya, reposa, paciente, la pregunta: ¿cómo pudo llegar a ocurrir? Ya sea desde el punto de vista del despiste o la irresponsabilidad de diplomáticos y políticos, ya desde el de la inocencia de la población alemana en general o de la inmoralidad y obscenidad genocida de sus gobernantes, la pregunta última, o primera, es siempre la misma. Analizar el conflicto teniendo como punto de observación el del papel desempeñado por los científicos nos conduce, también inevitablemente, hacia la cuestión de cómo pudo ocurrir. Pero en este caso el análisis conlleva, quizás, una profunda carga de crítica que se extiende, por su reiteración, al importante papel de la ciencia en los conflictos violentos ocurridos, incluso, con posterioridad a 1945. Esto es suficiente, sin duda alguna, para concederle al tema la atención necesaria, hecho que explica, al mismo tiempo, el que John Cornwell traspase los límites cronológicos de su estudio en pos de una respuesta o, al menos, un aviso ético del que él, como intelectual, no debe privar a la sociedad.

Los aportes añadidos por el rigor de las notas y la bibliografía, las fotografías con los protagonistas y la utilidad del índice onomástico contribuyen a prestigiar una obra que, en definitiva, sirve como punto de partida para cuestionar o, cuando menos, revisar, la participación y responsabilidad de la ciencia y quienes la llevan a cabo en las guerras de nuestro tiempo. Porque, a diferencia de otras ramas del saber y la cultura humanas, podría decirse que se percibe en la ciencia una propensión al envanecimiento en momentos de especial relevancia de sus descubrimientos. Esta tendencia pudo notarse, por ejemplo, en los casos de la Sociología en la segunda mitad del siglo XIX, el Psicoanálisis o la Física en las primeras décadas del XX, momentos álgidos en el desarrollo de dichas disciplinas. Claro está que, como consecuencia inevitable, lo que se gestó de la mano de los ejemplos mencionados fue un clima de cientificismo exacerbado que caracterizó la entrada en el siglo XX.

Mucho de este contexto, asumido y rediseñado mediante sus propios sesgos personales por Hitler, es profusamente descrito en la obra de Cornwell, buen conocedor del tema y que, con *Los científicos de Hitler. Ciencia, guerra y el pacto con el diablo*, estructura una verdadera enciclopedia en torno al tema. Aspectos como los de la ideología del determinismo geográfico y racial, desarrollados en la Alemania de la época y cuyo desarrollo recuerda Cornwell, constituyeron el zócalo sobre el que comienza a edificarse la construcción nazi. El mero hecho de prescindir de los científicos judíos (como protagonistas de los descubrimientos, al menos, si tenemos en cuenta las cifras del éxodo: el 25% de los físicos, el 16% de los médicos..., otra cosa sería en lo tocante a la utilización de esclavos en el trabajo científico e industrial) ya señala, en sí mismo, la perspectiva de una labor científica que se ve claramente como objeto utilizable y cuya sustitución se nos narra por el autor. Tampoco es menos ejemplar, en este sentido, el caso de las creencias seudocientíficas, ya conocidas, de Himmler y otros jefes nazis.

Es evidente que Hitler se apoyó en este contexto científico en el que se desarrolla el nazismo pero no es menos destacable el

hecho de que fomentó notablemente determinados desarrollos. Lejos de engañarse al respecto, sin embargo, el propio Cornwell manifiesta con claridad, desde el principio, la doble moral de los debates existentes tras la guerra sobre la vinculación de los científicos con los militares en ambos bandos, de ahí que señale que «la deuda de Europa y Norteamérica con la ciencia alemana ha sido cuantiosa, compleja y a menudo ambivalente» y dedique buena parte del libro a describir cuál era el contexto de la ciencia alemana antes de 1933. No obstante, esto no oculta que la propaganda nazi tuviera, desde el primer momento, uno de sus principales alimentos en los logros científicos.

Pero lo verdaderamente importante es que, en el contexto concreto de una guerra, nada es ya inocente y todo, absolutamente todo, se pone al servicio de un fin que justifica aquello que, en otro contexto, hubiera escandalizado a una sociedad culta y civilizada como, evidentemente, era la alemana de 1930. De ahí que no sea baladí tener en cuenta, como creo que demostró hace una década la llamada «controversia Goldhagen» cómo era la sociedad en que se generó el Holocausto. Cuando el citado historiador se pregunta, por ejemplo, «por qué los mismos guardianes trataban de modo diferente a los diferentes grupos» y se responde que «la única manera de explicarlo es analizar la visión que tenían de sus víctimas», que lo antieslavo y, sobre todo, el antisemitismo estaban latentes en la sociedad alemana, está poniendo de relieve el hecho de que dichos pre-juicios, generaron, como el prestigio adquirido por el desarrollo científico de la época, un contexto en el que se responden muchas de las preguntas y, en gran parte, la principal de la que hablábamos al inicio de estas líneas.

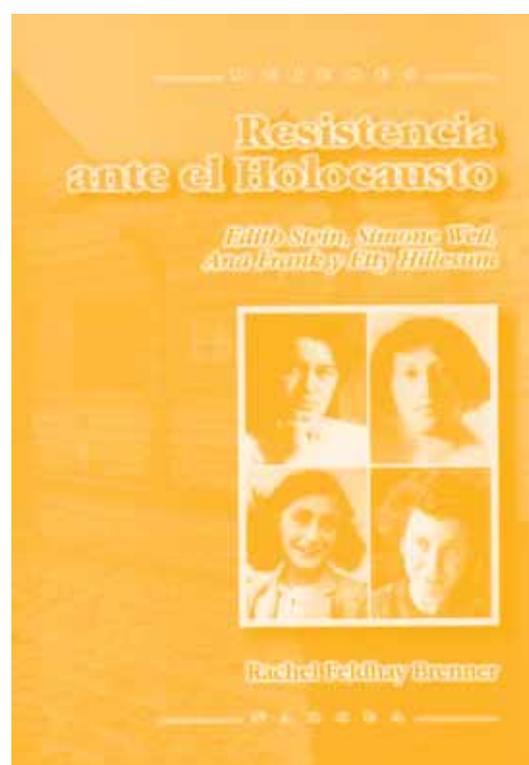
También en el ámbito científico, dichos prejuicios orientaron algunas de las investigaciones y de ello da cuenta en varios capítulos este libro bajo el significativo epígrafe de «La ciencia en el infierno, 1942-1945», donde puede comprobarse el fruto de la confluencia de los dos contextos señalados: el del auge de los conocimientos científicos y el de la ideología determinista alemana. Tal vez no sean las mejores páginas del libro, pero sí la inevitable consecuencia de todos los datos y premisas que Cornwell nos ha venido anticipando hasta entonces. Es muy sugerente, sin embargo, la alusión por parte del autor, en estos momentos, al judío Primo Levi, escritor y premio Nobel posteriormente, pero que, químico de profesión, fue prisionero en Auschwitz hasta el final de la guerra.

Conviene, por último, llamar la atención sobre el sentido y la conclusión general que el autor pretende extrapolar del caso nazi, en absoluto único en la Historia, aunque sí reseñable por sus connotaciones ya conocidas. Notable importancia tienen, de este modo, los datos aportados sobre lo que el autor denomina el «saqueo científico» que no es sino parte de la diseminación, tras la caída de Hitler, de los resultados de la escalada científica nazi hacia otras partes del mundo, en concreto hacia la antigua URSS, EEUU y Gran Bretaña. Está de más decir que los nazis no fueron los únicos que han utilizado para sus ambiciosos fines políticos los descubrimientos científicos, pues se trata, desgraciadamente, de una constante a lo largo de la historia, y tal vez por ello, el mencionado saqueo permite a Cornwell pasar, al final del libro, a tratar de un modo general el tema central y base de su obra y que le lleva a concluir que «el investigador que diga que los científicos no tienen ninguna responsabilidad en las armas que se fabrican gracias a sus conocimientos es una persona obtusa». Resulta imposible no recordar que, cincuenta páginas antes, nos ha dicho que lo peor que puede decirse de Heisenberg, físico nuclear que estuvo a punto de

dar a Hitler la bomba atómica, es «que era una persona moral y políticamente obtusa».

Continúa siendo difícil comprender, para concluir estas líneas sobre este libro revelador, cómo pudo suceder lo que ocurrió a partir de 1939 (o para ser más exactos, 1933). Sobre todo teniendo en cuenta que, del peligro al que llevaban la deshumanización y el exceso de tecnificación ya habían avisado los filósofos antes, en concreto Husserl y otros. Desgraciadamente, podemos estar entrando en una época parecida gracias a los sorprendentes descubrimientos a que algunas ciencias (las neurológicas, por ejemplo) están llegando actualmente y de ahí lo peligroso de que, en un contexto como el actual, altamente tecnificado y en el que la ciencia se dota cada vez más de un valor por encima de otros aspectos de la vida humana, la pretendida irresponsabilidad del científico convierta a éste en un mero eslabón de la cadena de mando; algo así como un mero oficial que cumple órdenes.

Asunción Escribano

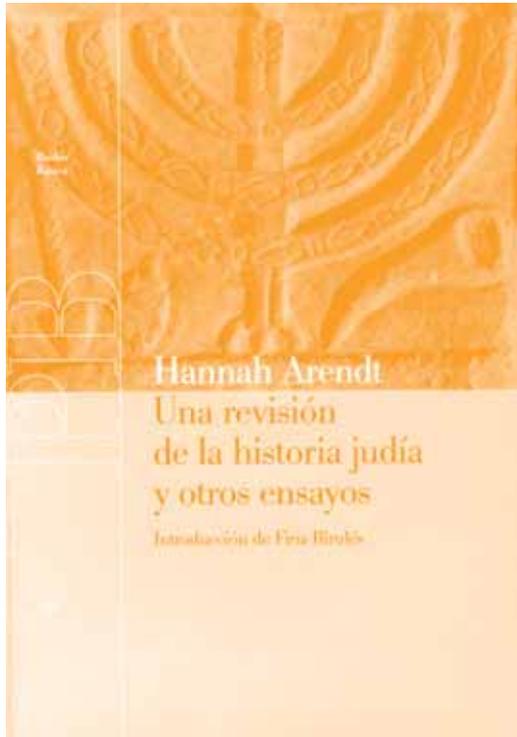


Rachel FELDHAY BRENNER: *Resistencia ante el Holocausto*. Edith Stein, Simone Weil, Ana Frank y Etty Hillesum. Trad. por Federico de Carlos Otto. Madrid: Narcea, 2005, 240 pp.

Hannah ARENDT: *Una revisión de la historia judía y otros ensayos*. Trad. por Miguel Candel. Barcelona: Paidós, 2005, 190 pp.

### Heroínas de la compensación

Cada día que pasa estoy más convencida de que los sucesos históricos (principalmente los más negativos y detestables) acontecen, al mismo tiempo, tanto por lo que hacemos los hombres y mujeres, como por lo que dejamos de hacer. Sin duda alguna ésta es la principal consecuencia del ejercicio voluntario y consciente de nuestra libertad. De ahí que lo que filósofos como Odo Marquard han denominado «filosofía de la compensación» o «habilidad compensatoria», o lo que el paleontólogo y evolucionista Stephen Jay Gould denominó la «gran asimetría», encuentre en lo que les



ocurrió a los judíos durante la II Guerra Mundial un inmejorable campo de estudio para demostrarlo.

«Cada incidente espectacular de maldad —ha escrito el citado Jay Gould— estará equilibrado por diez mil actos de bondad». Quizás a esto se refiere el novelista israelí Aharon Appelfeld cuando, al relatar años después su huida en 1942 de un campo de concentración y atravesar Ucrania a pie y solo, con diez años y sufriendo todo tipo de penalidades, es capaz de afirmar que «en aquellos largos años de la guerra encontré a gente maravillosa». Pero sin duda alguna el libro *Resistencia ante el holocausto* es una buena demostración de la idea de que «los males son bienes indirectos y oportunidades deficientes, ocasiones o incluso instrumentos activos de su compensación».

La propia autora, Rachel F. Brenner, sintetiza con precisión el asunto cuando se pregunta, en relación con las protagonistas de su obra (Edith, Simone, Ana y Etty): «¿Por qué continuarían estas mujeres asumiendo unos valores y practicando unos ideales que, ciertamente, no les iban a servir en aquel momento?», y afirma: «Un enfoque mucho más realista las hubiera llevado a concentrarse en su propio bienestar». Sin embargo, sabemos que en ninguno de los cuatro casos aquí tratados fue así. Es a partir del momento en que ellas eligen resistir ante lo que se les impone históricamente cuando comienzan a comportarse como rebeldes en el sentido en que Camus daría posteriormente a este vocablo: son mujeres que dicen no, pero a la vez inician otro movimiento ante el que dicen sí.

«La rebelión —dirá Camus— no nace solamente, y forzosamente, en el oprimido, sino que puede nacer también ante el espectáculo de la opresión de que otro es víctima». Desde esta perspectiva, las cuatro mujeres que protagonizan el estudio de Brenner se caracterizan porque «su preocupación por el mundo desafió a la Solución Final, no porque ellas fueran santas, sino porque eran humanas. A través de la solidaridad con el sufrimiento del mundo, fueron capaces de conseguir un sentido de

liberación partiendo del miedo a un final terrible» y eso, apoyado en su fe religiosa o en los valores tradicionales del humanismo (principalmente en el caso de Simone Weil) dotó de sentido a su rebeldía.

En los cuatro capítulos de que consta el libro se estudia el concepto de resistencia en estas mujeres en relación con cuatro contextos de referencia. En primer lugar, el de la ética humanística, apoyada en las ideas de responsabilidad, diálogo, moral personal... En segundo lugar, la religión y el papel desempeñado por Dios como un aspecto inherente en toda reflexión sobre el sufrimiento (teniendo en cuenta en este caso las diferentes posiciones de cada una de ellas: Stein y Weil desde el catolicismo, si bien con situaciones y actitudes muy diferentes entre sí, y Frank y Hillesum desde el judaísmo aunque, paradójicamente, con una idea de Dios en ocasiones más cercana al Nuevo que al Viejo Testamento, Brenner habla de un Dios «ecuménico»).

Un tercer paisaje en el que Brenner analiza el papel de estas mujeres es el de la escritura, y en concreto el relato de sus propias vidas, como elemento primordial de la resistencia. Llegados a este punto ha de tenerse en cuenta que, a diferencia de otros procesos históricos, la rebelión de los judíos ante el Holocausto no fue una rebelión activa en tanto que violenta sino, como no podía ser menos en este pueblo, una rebelión pasiva cuya arma fue —lo es todavía— la palabra. Pocos casos se han dado en la Historia y ninguno de tanta intensidad como éste en que todo un pueblo ponga al servicio de la dignidad y sentido del hombre la Literatura en todos sus géneros. En este sentido, la acción terapéutica de la escritura, sobre todo en Frank y Hillesum, pero también, de un modo indirecto, en Stein y Weil, es altamente significativa en este aspecto. No en vano, fue Simone Weil, en su obra *La gravedad y la gracia*, la que dijo que «quien sufre trata de comunicar su sufrimiento con el fin de disminuirlo, y a fe que lo consigue».

Por último, su carácter femenino como base desde la que crear y sostener esa conciencia de rebeldía o resistencia frente a la muerte. Es evidente que el hecho de ser mujeres tiene mucho que ver con la resistencia de la que venimos hablando. A intentar dar con la clave dedica Rachel F. Brenner el último capítulo al tema de la feminidad y muestra «cómo su creencia en la particular responsabilidad social de las mujeres alimentó su insistencia en la independencia y en el desarrollo moral en medio de la realidad de la Solución Final». Ya fuese desde la conciencia de pertenencia a la tradición judía, como en el caso de Stein, ya en un contexto más amplio (aunque, significativamente, más restrictivo en su concepción de la mujer) como el pensamiento de Weil inserto en el socialismo, su oposición fue clara.

Todo esto está en sus textos de un modo u otro, en una graduación que va desde el rigor filosófico de Edith Stein hasta la frescura literaria de Ana Frank. Todas ellas demostraron (como tantos otros hombres y mujeres en aquellos horribles años) que es posible pensar en los demás en tiempos de sufrimiento, anticipando sus comportamientos y escritos buena parte de lo que la segunda mitad del siglo XX plasmaría en torno a los conceptos de solidaridad y al trabajo de las organizaciones no gubernamentales.

El caso de Hannah Arendt es distinto aunque, a su manera, igualmente podría hallarse en el grupo. En su caso, el encuentro con el Holocausto había estado precedido por la decepción que sufrió con su maestro y amante, el filósofo Heidegger cuando éste no se opuso al régimen nazi. La lúcida mente inte-

lectual de Arendt se aplicará a partir de entonces a intentar comprender y asumir el hundimiento personal e intelectual que para ella supone tal decepción, hecho que logrará enmarcándolo en el contexto general de la ideología política a la que dedicó sus principales estudios.

Es en esto en lo que, por un lado, coinciden las cuatro mujeres a las que anteriormente nos hemos referido, con Hannah Arendt. En su análisis, Brenner expone que, en su opinión, «el motivo decisivo que actuó en la resistencia de las cuatro mujeres fue la centralidad de las relaciones interpersonales» y, quien conozca la vida y la obra de Hannah Arendt (y haya leído, sobre todo, el epistolario entre ambos) puede hacerse una idea de lo que supuso para ella su relación personal con Heidegger y hasta qué punto sus reflexiones sobre el mal caminaron de la mano con su pretensión de comprender el comportamiento de su maestro.

Por otra parte, además, muchos de los aspectos sobre los que Hannah Arendt diserta en los textos de este libro son concernientes a las diversas áreas en las que Brenner contextualiza el espíritu de resistencia de las mujeres estudiadas. Así, también Arendt llevaría a cabo reflexiones en torno al ser y a la identidad judía, como ellas (cierto es que con mayor dedicación y profundidad, a la vez que con una mayor dilatación en el tiempo estudiado) y, en este sentido, se muestra también ella resistente a que el péndulo de la Historia vaya hacia el otro extremo en su constante movimiento. Este hecho, inteligentemente resaltado por Fina Birulés en su introducción a *Una revisión de la historia judía y otros ensayos*, no hace sino poner de relieve el carácter demócrata, ante todo, de la pensadora judía.

De ahí el papel que desempeñaría en el periodo post-holocausto como sostenedora de las riendas del desbocado caballo del sionismo militante en la gestación del Estado de Israel. En este sentido, esta Arendt encarnaría o daría lugar, también ella, al desarrollo del papel de la compensación, en este caso, a modo de conciencia crítica del judaísmo militante, hecho que le costaría no pocos problemas, por ejemplo, en relación con el caso Eichman, hecho de sobra conocido y que puede ratificarse con algunos de los textos recogidos en este volumen (en concreto en su intercambio epistolar con Scholem y en las réplicas y contrarréplicas con Walter Z. Laqueur).

De igual manera, en su preocupación por el exilio masivo de los refugiados judíos se muestra, más reflexiva que activamente, pero de un mismo modo mediante el uso de la palabra escrita, del mismo lado que sus compañeras cuando relatan y denuncian lo que ocurre a su alrededor. Ahora bien, la diferencia surge de nuevo cuando Arendt manifiesta, por ejemplo, en 1943, que «la desesperada confusión de estos Ulises vagabundos que, a diferencia de su gran prototipo, no saben quiénes son se explica fácilmente por su rematada manía de negarse a preservar su identidad» («Nosotros, los refugiados») o, tres años más tarde, y con notable crudeza, que «la extraordinaria catástrofe ha convertido una vez más en mortales bastante ordinarios a todos aquellos que se imaginaban a sí mismos como seres extraordinariamente favorecidos» («Las enseñanzas de la Historia»). Sin duda alguna en este «cuestionamiento» de la identidad judía coincide con ciertos rasgos de la actitud de Simone Weil, con la que le unía también su admiración por Rosa Luxemburgo.

La diferencia entre ambos libros está en que *Una revisión de la historia judía y otros ensayos* reúne textos de diversa procedencia en relación con la faceta más políticamente combativa de esta intelectual. No obstante, en *Resistencia ante el Holocausto. Edith Stein, Simone Weil, Ana Frank y Etty Hillesum*, la propia Brenner señala que la resistencia de las cuatro mujeres mencionadas «anticipa los puntos de vista de después del Holocausto de Hannah Arendt», así como de otros autores. La diferencia fundamental estaría, no tanto en el contenido temático de los textos de Arendt, como en el hecho de que estamos hablando de testimonios vividos, en el primer caso, y de una meditado y reflexivo pensamiento en el caso de Arendt.

Tal vez lo que Arendt intentaba salvar en Heidegger a toda costa fuera aquello a lo que se refería Hillesum cuando escribió que «en todas partes las cosas son, a un mismo tiempo, muy buenas y muy malas. Ambas calificaciones están equilibradas siempre y en todo lugar». Lo que también hay que decir es que, igual que el mal no existe porque sí, sino que lo creamos con nuestros actos, el bien y la bondad necesarios para compensarlo se hallan igualmente en nuestras manos. El problema es que para llevar a cabo el primero nos basta con nuestro poso biológico, pero para la heroicidad que supone combatir el mal y hacer de éste un mundo habitable para todos es necesario hacer un uso ético de nuestra conciencia de seres humanos y no sólo de homínidos.

Asunción Escribano



Corina MERSCH: *Laissez-passer. Topographie littéraire d'une Europe des frontières*. Esch-sur-Alzette (Luxembourg): Éditions Phi, 2004, 302 pp.

## Europa a través de sus páginas

La Europa literaria ha existido, existe y existirá independientemente de las decisiones políticas y los avatares históricos; otra cosa es que los europeos la contemplemos como la suma de las diferentes literaturas nacionales, de modo similar a como hasta hace poco veníamos estudiando la propia historia del continente. Lo cierto es que las interrelaciones que, desde hace unos siglos, se han establecido entre los novelistas europeos indican a las claras que, a pesar de las fronteras, la literatura viaja a través de Europa y el siglo XX, con sus tremendas sacudidas y exilios forzados, ha sido la culminación del proceso.

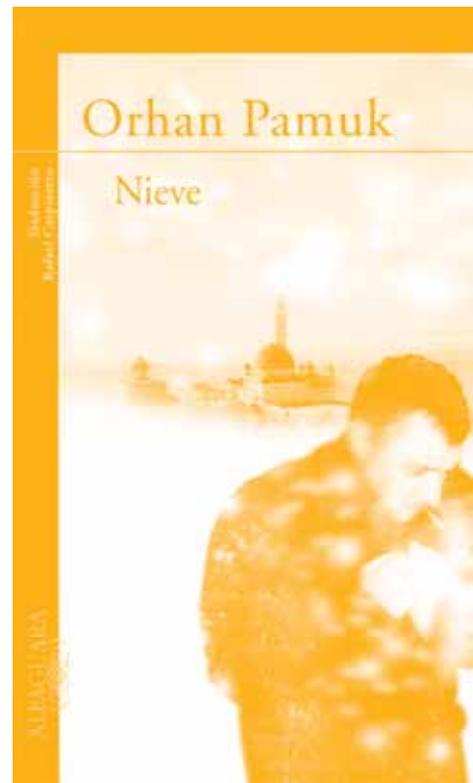
La mezcla de culturas y el cosmopolitismo siempre ha sido un elemento imprescindible en la renovación literaria, pero sólo recientemente la literatura mundial ha empezado a existir como concepto. Radica, en gran medida, este éxito en la novedad de la mirada con que los escritores se acercan al hecho o fenómeno literario como creación y, en este sentido, la obra de Corina Mersch *Laissez-passer. Topographie littéraire d'une Europe des frontières* es, en esta Europa del siglo XXI cada vez, y de un modo más asumido, mayormente multicultural, un buen ejemplo del valor literario y pedagógico de esta nueva concepción de la Literatura.

El libro se estructura a la vez sobre una malla tejida por lo espacial y lo alfabético que, entrecruzándose, permiten analizar la literatura europea del siglo XX a partir de los distintos escenarios por los que han pasado los escritores, transgresores de fronteras, y, a la vez, describir el mundo con lo que del significado de las propias fronteras se ha vertido sobre lo literario. Se traslada de este modo el lector, lentamente zigzagueando a través del mapa, desde la Rusia europea hasta las riberas del Atlántico. Historia, geografía, literatura y sociedad se mezclan por igual entre las páginas de la obra de Corina Mersch, cuya lectura es como volver a viajar con los autores evocados por sus respectivas Europas, tomando notas a través del continente, desviándonos a Chipre, recorriendo sus ríos, tocando sus extremos (sí, también Turquía), etc.

Los autores y sus obras aparecen, desaparecen y vuelven a surgir inesperadamente a lo largo de los capítulos del libro, en este viaje literario en el que nos van describiendo Europa y sus fronteras interiores porque apenas es Corina Mersch quien habla, sino que hábilmente ordena y dirige la orquesta (de medio centenar de intérpretes con Claudio Magris y François Maspéro como virtuosos solistas), dejando que sean los escritores, y sus personajes, quienes se dirijan al lector, señalando además, mediante un sistema de llamadas cruzadas, al modo de la *Enciclopedia de Diderot*, en qué capítulos vuelve a participar determinado escritor. Tan sólo sería reprochable en esta obra la ausencia de algunas partes del mapa, provocada, evidentemente, por el protagonismo de las regiones que más ardientemente han sido heridas por las fronteras.

Hoy la Literatura es un modo estético de comunicación global, claramente híbrido, en el que experiencias culturales extremas se funden para generar un producto cultural que, cada vez más, pueda ser consumido por cualquier habitante del planeta. Desde esta perspectiva, *Laissez-passer* es una obra extraordinariamente original en su planteamiento y consecución; de gran interés por la visión global que da de nuestra literatura europea en el siglo pasado y con una concepción de la cultura europea que se sitúa en la estela (evidentemente cada uno a su modo) de novelistas o críticos tan europeos como Magris y Zweig, por un lado, o Casanova, Moretti y Steiner, por otro. Precisamente Franco Moretti, quien aboga por «un sistema literario mundial (de literaturas interrelacionadas)» ha escrito que «no hay otra justificación para el estudio de la literatura mundial que ésta: ser una espina clavada, un reto intelectual permanente para las literaturas nacionales; en particular para la literatura local». Obras como la de Corina Mersch, notable monumento a la Europa de las lenguas, nos ayudan a ser, literariamente, algo más europeos y contribuyen a sacar esa espina de la que habla Moretti.

Asunción Escribano



Orhan PAMUK: *Nieve*. Traducción de Rafael Carpintero. Madrid: Alfaguara, 2002, 188 pp.

### Turquía en el laberinto

Un poeta turco, exiliado en Alemania, vuelve a Turquía después de 12 años. El motivo de su regreso es la realización de un reportaje sobre las elecciones locales que se van a celebrar en una apartada aldea de la montaña, kars, al tiempo que indagar sobre una serie de extraños suicidios protagonizados por jóvenes musulmanas a las que se les ha impedido acudir enveladas al instituto. Sobre esta trama argumental se enhebra una historia de amor con una antigua compañera universitaria, recientemente separada de su marido, aspirante integrista a la alcaldía del pueblo, e hija de uno de los líderes laicistas de la localidad, y un esperpéntico golpe de Estado, ejecutado en el curso de una obra de teatro en la que actores y golpistas se confunden, en una suerte de ópera bufa, contra los sectores integristas de la población, que se ven sometidos a una implacable persecución y a la eliminación física posterior. En la nueva obra de Pamuk se entremezclan lo político con lo sociológico, la historia con la ideología, la indagación detectivesca con la novela amorosa y, todo ello, en el inclemente ambiente que genera la interminable nevada que durante tres días sumerge al pueblo en un apocalíptico aislamiento de blancura y terror.

La nieve nos sitúa en el terreno de lo irreal, de la ensoñación, de la pesadilla, de la inmersión en la otredad de una climatología absorbente y obsesiva. Kurosawa, en una de sus películas más herméticas, *Los Sueños*, ubica uno de sus pasajes en una tormenta de nieve, por la que transitan unos personajes que deambulan sin referencias, sin orientación, perdidos en la oscuridad, ambiental y perceptiva, de la conciencia. Los personajes describen círculos sobre sí mismo sin encontrar el norte, desfalleciendo poco a poco, languideciendo entre el opaco y silente resplandor de una blancura inmisericorde, que los acaba aniquilando. Llamazares (*Escenas de cine mudo*, Barcelona, Seix Barral, 1994) habla

de la luz irreal, planetaria, casi pura, de la luz sideral, de la luz azul que se desprende de los paisajes nevados. La nieve es la protagonista del último libro de Pamuk. Un libro al que no se puede juzgar inocentemente después de los acontecimientos políticos que han rodeado su publicación y circulación en Turquía, con la incoación de un juicio a su autor, por parte del gobierno turco, por traición a los valores patrios, concretada en el recordatorio que Pamuk hizo sobre la tragedia y el exterminio de la minoría armenia en 1915, cuando un grupo de oficiales turcos quiso eliminar la supuesta colaboración de esta minoría, que vivía en la península de Anatolia, con Rusia. El hecho ocurrió en plena primera Guerra Mundial, y se piensa que, a lo largo de los ocho años que duró el proceso de expulsión de la población, murieron un millón de armenios. Un episodio revelador de las tensiones, de la dialéctica entre la modernidad y la tradición de la que el propio libro se hace eco.

Tensiones, o exposición de las mismas, que están en el trasfondo de casi todas las novelas de Pamuk. Durante los tres días que el poeta K vive en la montaña asistimos al desarrollo de una situación dramáticamente explosiva, la de la revuelta de un grupo de radicales attaturquistas contra el movimiento, cada vez más relevante, de musulmanes integristas, que hacen del uso del velo su guerra particular. Pero también, a través de ello, se nos ofrece el choque, el enfrentamiento, que desde la Segunda Guerra Mundial por lo menos atraviesa Turquía, y particularmente Estambul, de parte a parte, la colisión entre dos concepciones del mundo abiertamente antagónicas, excluyentes y, hasta ahora, irreconciliables. La occidentalización acelerada, presurosa que obligó a cortar todo lazo con el pasado, que convirtió a una ciudad políglota y multicultural en una simplificación de sí misma, que eliminó todo su patrimonio escrito y documental de un golpe, por el cambio de alfabeto, que prohibió los antiguos enclaves derviches y sufíes, que sacrificó en suma una tradición centenaria en beneficio de una transformación nacionalista y provinciana, constituye uno de los ejes de la crítica de Pamuk. Esta tensión entre lo oriental que se resiste a desaparecer y lo occidental que irrumpe con toda la fuerza del cambio permanente que le es propio, aparece representada en la propia figura del protagonista cuyo desarrollo personal va experimentando también sucesivas metamorfosis que integran las posturas contrapuestas. El poeta contempla con estupor la violenta reacción, y sangrienta represión, contra el grupo de integristas que abandera el movimiento contra los valores occidentales, pero también es testigo del asesinato, a sangre fría, en una tetería de la localidad, del director de un colegio que había aplicado el mandato gubernamental de impedir el velo en la escuela, a manos de un iluminado para quien, como mantiene en una extensa conversación con su víctima, la razón de Dios prevalece sobre cualquier razón de estado. El poeta escucha las argumentaciones de quienes defienden el progreso y la europeización de Turquía, y las de quienes postulan una vuelta a la tradición y la religiosidad. Describe una realidad poliédrica, multiforme, en la que la verdad se fragmenta en microrazones que asisten a todos los figurantes de la novela. La nieve da fe de esta perspectiva múltiple, pues no sólo representa un ambiente y un contexto, necesarios para el desarrollo de una acción que participa más del mundo del ensueño que de la realidad, sino que además se erige en metáfora de la propia definición de ésta, por cuanto el poeta descompone su experiencia y los poemas que se derivan de ella, en una estructura radial que, como los copos blancos, se ramifica en infinidad de

direcciones, cada una de ellas con la misma entidad que el resto, y cada copo distinto de los demás.

Estamos ante una novela política que describe los conflictos entre una Turquía preeuropea y urbana y otra islamista y rural, pero no se trata de una novela política al uso, en la que se plantea una hipótesis que la trama ha de ir resolviendo, o en la que existe un postulado doctrinal o ideológico que subyace en el desarrollo de toda la obra. Por el contrario, estando atravesada de un fundamento profundamente político, en la novela no se encontrarán soluciones al conflicto, luces ni orientaciones que desenreden el nudo gordiano, señalizaciones en el laberinto, más bien surgirá un discurso que intenta comprender a las gentes atrapadas en esa vorágine contradictoria en que se debate toda la sociedad, en esa tela de araña compuesta por la modernidad, el laicismo, la tradición, la familia, la religión, etc. Una novela política, pero sin tomas de postura políticas. Antes bien, toda ella está atravesada por un movimiento de melancolía, por el sentimiento que el propio Pamuk denomina como *hüzün*, la desazón producida por los rápidos cambios y la pérdidas que generan estos, sin poder, por otra parte, renunciar a la necesidad de los mismos.

José Antonio Cordón



Xabier PIKAZA: *Violencia y religión en la historia de Occidente*. Valencia: Tirant lo Blanch, 2005, 366 pp.

### Por una paz ilustrada y cristiana

No es esta obra la primera incursión de Xabier Pikaza en el tema de la relación entre la violencia y el hecho religioso. Autor en los últimos años, entre otras, de obras como *El señor de los ejércitos. Historia y teología de la guerra* (1997), libro en el que ya se avanzaban muchos de los temas que Pikaza ha ido desarrollando en la última década o, *Violencia y diálogo de religiones. Un proyecto de paz* (2004), cuya directa influencia se deja sentir también en esta obra,

este notable teólogo e historiador de las religiones realiza ahora un repaso al proceso histórico de cómo la violencia se ha manifestado en nuestra sociedad (fundamentalmente la europea) a través de lo religioso. En este sentido, en realidad podría decirse, más bien, que *Violencia y religión en la historia de Occidente* viene a completar un círculo (pues quizás no lo cierre aún esta obra) sobre la reflexión en torno a la confluencia que tiene lugar en nuestra historia entre el hecho religioso y las manifestaciones violentas a que da lugar. Hay, sin embargo, además en este libro un salto cualitativo marcado por el hecho de conceder a lo violento un mayor protagonismo, e incluso autonomía, pues, a diferencia de sus anteriores obras en esta línea, el experto en la historia de las religiones que es Xabier Pikaza pasa a centrarse ahora, por encima incluso del aspecto religioso y fundamentalmente en los primeros dos tercios del libro, en el papel desempeñado por el hecho violento en la historia de Europa para proponer, finalmente, un modelo de cambio basado en el conocimiento del pasado que evite continuar encadenados a tan nefasto dualismo.

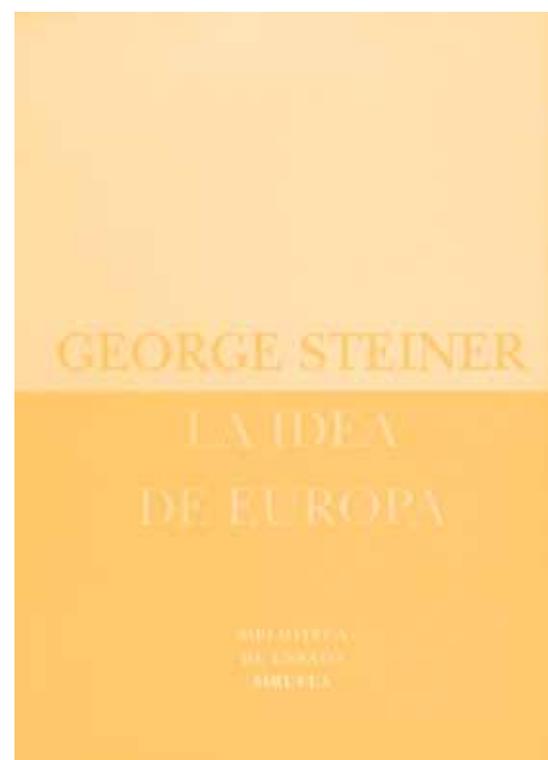
Preocupado por las diferentes formas de opresión a lo largo de la historia, Pikaza desarrolla un esquema ternario en el que, en diferentes posiciones, religión y violencia son los protagonistas de la trama. Porque, a decir verdad, lo que se estudia en *Violencia y religión en la historia de Occidente* es la historia de dicha vinculación entre ambos conceptos en Europa. En realidad dicha historia acaba en la página 240 del libro, pues el tercer capítulo, que ocupa un centenar de páginas más no es sino un inteligente ensayo cuya pretensión es romper la curva evolutiva ascendente de tan nefasta relación. La primera parte «Una prehistoria sangrienta: sacrificios y víctimas», sirve al autor para contextualizar el tema en el espacio y acercárnoslo en el tiempo. La religión ha constituido un aspecto de la cultura en cuyo seno se ha mantenido siempre la violencia que ha convertido a las víctimas (y entre ellas, en grado importante, a las mujeres), mediante el concepto del sacrificio, en elementos fundantes de nuestra cultura. Aunque la conclusión positiva de Pikaza en esta evolución es que sólo mediante la adquisición de la cultura griega y, «sobre todo, a través de la Biblia israelita y del mensaje de Jesús, hemos descubierto que las víctimas son inocentes, que no podemos fundar el edificio de nuestra historia sobre su expulsión y muerte». Sin embargo y como podemos ver detalladamente en el capítulo «Una historia violenta: cristianismo e ilustración», que nos deja ante el umbral de nuestro más terrible presente, resulta evidente que no ha sido fácil para Europa asumir la necesidad y el deber, en su totalidad, del abandono de tales orígenes culturales y la violencia ha continuado siendo, mediante la excusa o necesidad de la formación de los Estados y lo que ello ha conllevado durante los siglos medievales y de la época moderna, un importante elemento de la formación (en tanto conformación y deformación, a la vez) de la civilización europea.

Bibliográficamente poliédrica, precisamente por lo antes señalado, la obra se sustenta en múltiples lecturas que avalan diferentes acercamientos a un tema complejo y difícil de encarar. No obstante al autor le ha llevado, al menos, una década y otras tantas publicaciones para llegar hasta donde lo ha hecho. Si el elemento violento se halla antropológico y culturalmente inserto en nuestras tradiciones religiosas (aunque no sólo ahí) ¿cómo lograr llevar a cabo la separación de ambos que permita heredar el rico legado teológico del cristianismo sin convertirnos al tiempo en perpetuos albaceas de su vertiente violenta? A esta pregunta es a la que intentar dar una respuesta coherente el autor extrayendo el tuétano de la religión cristiana en su relación con lo mejor de la tradición

ilustrada europea. Si hasta *Violencia y diálogo de religiones. Un proyecto de paz* Pikaza había propuesto el diálogo entre las religiones como marco y medio de lograr la paz, ahora, en esta obra, su propuesta parte del conocimiento de la violencia y la respectiva aceptación de nuestra historia para, conocida esa limitación de nuestra cultura, maniobrar, a la luz del mensaje cristiano, para negar tales actos y conducir nuestra vida en la dirección del modelo kantiano diseñado a finales del siglo XVIII en *Sobre la paz perpetua* (ejemplo y base del pensamiento ilustrado europeo que se alzó contra todo un milenio de guerras entre europeos).

Es así la mirada del teólogo y creyente, y no la del sociólogo o antropólogo, la que se alza frente a la llamada biológica de la violencia que desborda nuestros afanes civilizadores. Por eso el autor apela, no a la sociedad o los Estados en general, sino a cada uno de nosotros como individuos, creyentes o no aunque cultivadores de «la fe en la vida humana», es decir, «la fe en el don de la vida, en los valores de la humanidad, en la utopía o futuro abierto de la historia, que no podemos fabricar con armas ni sistema, pero que debemos crear con una fe ilusionada, razonada y compartida, a partir de lo que somos y podemos, desde el amor gratuito de la madre a que alude *Is 7* (y desde el amor enamorado del *Cantar de los Cantares*), sin olvidar la llamada a la justicia y solidaridad de los profetas de Israel y del mensaje de Jesús». De este modo, a diferencia de otros planteamientos como, por ejemplo, el de Charles Tilly, en su obra *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990* (1990), por cierto no mencionado por Pikaza y cuyo valor e interés, por otra parte, están fuera de toda duda, no se deja llevar por el pesimismo que anega la realidad que vivimos. Probablemente, por eso mismo, en esa dirección se orientan las últimas páginas, en las que se plantean directrices y espacios concretos de actuación para que el programa expuesto pueda llevarse a cabo y, aunque Pikaza concluya hablando de utopía, bien claro queda expuesto que otro mundo es, necesariamente, posible.

Fernando Benito Martín



George STEINER: *La idea de Europa*. Trad. por María Condor. Prólogo de Mario Vargas Llosa e introducción de Rob Riemen. Madrid: Siruela, 2005, 80 pp.

### Europa frente a sí misma

Pocos intelectuales vivos gozan hoy del prestigio académico y el respeto y la valoración moral que tiene George Steiner para quien, en algún momento, ha sido lector suyo. Es por ese motivo por el que un opúsculo como éste, fruto de una conferencia en el Instituto Nexus de Amsterdam, tiene la especial consideración que merecen las manifestaciones de Steiner. No en vano, aunque literario en sus comienzos, como suele ser el estilo ensayístico del autor, pasa en sus últimas páginas a adoptar un tono dramático en el que Steiner despoja sus palabras de las frecuentes referencias literarias tan habituales de sus textos.

No es para menos si tenemos en cuenta que lo que Steiner plantea, en definitiva, en este pequeño texto es la confrontación del modo de vida (de ser, más bien, diríamos) europeo con el del resto del mundo y, de un modo concreto, por la competencia directa existente entre ambos por heredar el espacio de la civilización occidental, con los Estados Unidos. Una pugna cultural y espiritual entre dos modos de concebir la civilización cuyas diferencias Steiner comienza señalando mediante cinco imágenes definitorias de Europa: la importancia de los cafés en el continente, lo que podríamos denominar su «paseabilidad» debido a una geografía que ha sido notablemente humanizada, el uso de los topónimos urbanos como recipiente de la memoria histórica revivida así a diario, la doble procedencia mediterránea de las fértiles culturas griega y hebrea que inserta en la historia de Europa una constante y enriquecedora dialéctica y, por último, la perenne sensación de decadencia que augura el fin de su civilización.

Todo ello ejemplificado en los textos y nombres propios de la literatura. Siempre la literatura en Steiner... y en Europa. Porque, en definitiva, eso es lo que el crítico nos pretende transmitir con sus ejemplos y evocaciones, que Europa, la idea de Europa, está hecha con, por, de, en y desde su literatura. En ella se acumula y refleja un pasado que une muy por encima en cantidad de detalles e importancia de los mismos de lo que separa. Steiner recorre de este modo lo que él considera las señas de identidad de Europa para acabar retornando a Ítaca. Al doble punto de partida de la civilización europea en la esquina del Mediterráneo, allí, a la sombra de la Turquía que desde hace milenios contempla nuestras cuitas (a veces interviniendo en ellas) sin que sus méritos hayan servido aún para aceptarla en la familia. El célebre dicho de que el roce hace el cariño no sirve, al parecer, en el espinoso ámbito de las relaciones internacionales. Allí es donde, de la mano de esa constante dialéctica entre lo cristiano y lo judío, lo laico y lo religioso, se halla a la vez lo que salva y lo que hunde a la propia idea de Europa. «Ser europeo —nos dice Steiner— es tratar de negociar, moralmente, intelectualmente y existencialmente los ideales y aseveraciones rivales, la praxis de la ciudad de Sócrates y la de Isaías». Dicha dialéctica del judaísmo con lo que el autor llama «sus dos principales notas a pie de página», el cristianismo y el socialismo utópico, ha formado parte igualmente del drama de la Europa del siglo XX, la que va «desde Sarajevo hasta Sarajevo».

Es a estas alturas cuando el discurso de George Steiner se vuelve trágico al avisar de los peligros reales que minan actualmente la idea de Europa: primero, la urgencia de instituir un humanismo secular que permita compartir armoniosamente la idea de Europa por parte de las herencias griega, cristiana y judía;

luego, la necesidad no menos urgente de frenar las consecuencias de un capitalismo excesivamente materialista y, en tercer lugar, ofrecer a las nuevas generaciones de europeos, y especialmente a los científicos e intelectuales, un modo de vida digno y atractivo que evite su salida del continente. Como esperanzadoramente manifiesta el propio autor refiriéndose a la emigración de los jóvenes talentos, «corregir esto tanto económica como psicológicamente no se halla todavía fuera de nuestro alcance». Contribuyen a incrementar el valor (y las páginas) del libro el prólogo de Vargas Llosa (aunque su excesivo parafraseo de las palabras del autor destroza, en cierto modo, su lectura al anteponerlo al texto de Steiner) y la introducción del director del Instituto Nexus. Pero a pesar de todo y con eso, el goteo editorial de las obras de Steiner no sacia la sed de quienes disfrutamos zambulléndonos en las abiertas aguas de sus obras mayores cuyas olas polifónicas continúan viniendo a buscarnos una y otra vez.

Asunción Escribano



Giovanni María VIAN: *Bibliotheca divina. Filología e historia de los textos cristianos*. Revisión por Santiago García Jalón de la Lama, Patricio de Navascués y Giovanni María Vian. Madrid: Cristiandad, 2005, 472 pp.

### Palabra inspirada

«La literatura de la Europa “moderna” —escribió hace casi 60 años E. R. Curtius— está tan fundida con la mediterránea como si el Rin hubiese absorbido las aguas del Tíber». De un modo análogo podría decirse que la literatura cristiana se encuentra tan cercana a la clásica como si fuera parte de ella. Al fin y al cabo, ambas convivieron cuando la una crecía mientras la otra, al menos en una de sus fases, agonizaba. No en vano eso es lo que ocurrió en aquella época que Arnold Toynbee definiera como «el crisol del Cristianismo» y a la que concedió una estructura tripartita caracterizada por una dramática angustia en la que se enmarca el fecundo parto de

lo que sería, con el correr de los siglos, algo más que una nueva religión.

Desde esta perspectiva, la obra de Giovanni María Vian que aquí comentamos, cuyo título *Bibliotheca divina. Filología e historia de los textos cristianos* ha sido tomado de una expresión de San Jerónimo, supone un viaje desde la antigüedad, a través de la latinidad medieval, que desemboca en los albores de la modernidad merced a aquel movimiento intelectual y espiritual que fue el Humanismo de hace medio milenio. Las últimas estaciones, abandonada la lengua latina y ya en plena poca contemporánea, van de la mano de la crítica historiográfica y filológica más rigurosa y han dado lugar a la génesis de un paisaje nuevo y revitalizado en el que observar y analizar los orígenes del Cristianismo. Un viaje en el que la interpretación particular y comunitaria de la Biblia es lo que *ha ido* generando a su alrededor una cultura, la cristiana, en torno a la cual se articuló durante más de un milenio, en su casi totalidad, la vida del continente europeo y la concepción de la Historia a que dio lugar dicho proceso.

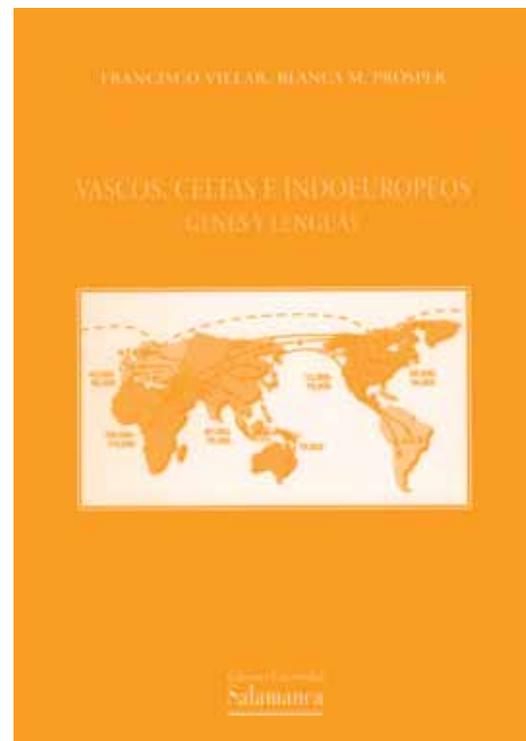
*Bibliotheca divina* es, a la vez, pero también en este sentido, un recorrido por la historia de la literatura cristiana y la sociología de sus textos. En un primer momento, sus inicios bañados por el judaísmo y el helenismo así como, posteriormente, su afianzamiento sobre los recios pilares que supusieron la obra respectiva de Orígenes, Eusebio y San Jerónimo, responsables de que el Cristianismo se sumergiera en la Edad Media pertrechado con un importante bagaje que le permitiría no sólo sobrevivir a los vaivenes políticos de tan largo como turbulento periodo sino, sobre todo, imponerse en él como eje vertebrador y mantenedor de la cultura clásica que a él debe, en buena medida, su supervivencia. La época moderna, por el contrario, ha supuesto para la interpretación y la exégesis bíblicas un verdadero alambique en el cual la confrontación dentro del propio Cristianismo, primero, y la crítica a la religión desde el exterior, en un segundo momento, han supuesto el mejor estímulo para dar un impulso definitivo al mejor conocimiento de los textos bíblicos y a la consolidación de la tradición literaria cristiana.

Buen conocedor de la literatura patristica, el autor nos ofrece una obra densa en la que, sin embargo, la escasa anotación al pie favorece una lectura de continuo, demandada, por otra parte, por el estilo fluido de la escritura de Viani, tan semejante y acorde con la propia aventura que él mismo va narrando a los lectores. La biblioteca divina, lo reconocido canónico pero también el inmenso conjunto de textos que las modas y los sucesivos procesos de selección cultural han ido dejando al margen (permitiendo en ocasiones que se perdieran para siempre), se ha ido formando a la vez mediante la fusión, y confusión en ocasiones, de los dos credos hermanos que son Cristianismo y Judaísmo. La importancia de la diáspora judía y la lenta deshebraización del primitivo Cristianismo convierten a ambos cultos en elementos participantes (mayormente en la fase inicial) de esta historia y resulta claro, por otro lado, que la devoción por la Palabra sería inexplicable, ya incluso en los primeros cristianos, sin la esencialidad y entronización de la palabra en el judaísmo veterotestamentario.

Estas ideas principales de la obra navegan entre importantes anotaciones sobre la historia de las bibliotecas (historia también cristiana en gran medida durante siglos) y la de la

impresión y la edición, a las que tan ligada está la propia evolución de la exégesis y, en definitiva, de la lectura de la Biblia. Las últimas cien páginas del libro, por otro lado, regalan al lector un impagable tesoro bibliográfico y de erudición en el que se da cuenta, detalladamente, de las colecciones bibliográficas existentes, sus artífices y ediciones, a la vez que se relata la bibliografía utilizada y se ofrece el inevitable, e inestimable, índice onomástico y temático (40 páginas) en una obra de estas características. Todo hace, en definitiva, que nos encontremos ante una obra de lectura recomendable en no pocas disciplinas; en la estela de otras clásicas ya, (recordemos, por ejemplo, la célebre obra de hace casi cuarenta años, *Copistas y filólogos*) pero con la asimilación de los no pocos avances llevados a cabo en el campo de la interpretación bíblica en las últimas décadas y que contribuyen a un mejor conocimiento y sistematización de esa parte de la cultura que es la historia de los textos y la transmisión del conocimiento.

Asunción Escribano



Francisco VILLAR y Blanca M.<sup>a</sup> PRÓSPER (2005): *Vascos, celtas e indoeuropeos. Genes y lenguas*. Ediciones Universidad, Salamanca, 572 pp.

### Lengua, historia y genética

El libro que reseñamos a continuación consta de tres partes. La primera, «Toponimia y estratigrafía de las lenguas» (con ocho capítulos, pp. 11-152) y la tercera, «Indoeuropeos y euskaldunes en el País Vasco y Navarra. Genes, lenguas y topónimos» (con 10 capítulos, pp. 365-514), están firmadas por F. Villar (a partir de ahora FV), mientras que la segunda, «Estudios sobre la fonética y la morfología de la lengua celtibérica» (10 capítulos, pp. 153-364) lo está por B. M.<sup>a</sup> Prósper.

Relacionar genes y lenguas no es ni una idea ni una práctica nueva. Sí que lo es, sin embargo, el modo en que FV lo lleva a cabo en esta obra. A lo largo de una nutrida serie de

publicaciones, el autor se ha enfrentado al estudio riguroso, sistemático, crítico y sin prejuicios, en cuanto a *theoriae receptae* y filiaciones genéticas se refiere, del material toponímico prerromano de la Península Ibérica en particular y de Europa en general. Estos trabajos le han llevado no sólo a proponer un mapa «substratístico» hispano (y europeo) nuevo, sino también a considerar ese material hidro-toponímico desde una nueva perspectiva. Una lengua puede llegar a desaparecer por la imposición de otra. Pero si los hablantes de la primera han ocupado un territorio durante un período de tiempo lo suficientemente prolongado y con una cierta densidad poblacional, éstos crean un conjunto léxico hidro-toponímico que es asimilado en cierta medida por los hablantes de la segunda. Los hidro-topónimos presentan la rara habilidad de perdurar a través de los tiempos y las lenguas, siendo adoptados y adaptados en mayor o menor medida por los diferentes estratos lingüísticos que puedan superponerse. Esa perdurabilidad es la que confiere a la hidro-toponimia cierto parecido con el comportamiento de los genes. Al día de hoy los estudios más avanzados en Genética de Poblaciones (ADN presente en el cromosoma Y y ADN mitocondrial) indican que Europa (incluida Turquía y toda el Asia suroccidental) presenta una notable homogeneidad genética. Los genes proceden c. 80% de poblaciones llegadas durante el Paleolítico; c. 20% durante el Neolítico. En ambos casos llegados de la zona minorasiática.

Las dos partes de la obra confeccionadas por FV son dos ejemplos prácticos de cómo correlaciona el autor genes y conjuntos toponímicos. En la primera de ellas la correlación se establece a nivel europeo y norte-africano y muestra cómo los datos lingüísticos y genéticos se compaden mal con las teorías más conocidas sobre la indoeuropeización de Europa (M. Gimbutas, C. Renfrew e incluso M. Alinei), para llegar a afirmar que la teoría correcta de la indoeuropeización está aún por formular. La segunda parte tiene un ámbito de aplicación más restringido: se centra en la cuestión vasca. Si los estudios de Genética de Poblaciones demuestran que la pretendida particularidad genética del pueblo vasco no es tal y que su configuración está en consonancia y perfecta armonía con la del resto de la Península Ibérica y Europa, la correlación de esos datos con los toponímicos revelan que también hay que reconsiderar la cronología de su ocupación de los territorios peninsulares, al menos en la medida en que se les adjudica tradicionalmente.

La Primera Parte del libro, «Toponimia y estratigrafía de las lenguas», supone una continuación y ahondamiento de la anterior obra de FV *Indoeuropeos y no Indoeuropeos en la Hispania Prerromana*, publicada en 2000 también en Salamanca. Allí llegaba a establecer junto al estrato hidro-toponímico (indoeuropeo) paleoeuropeo, otro (también indoeuropeo de aspecto italoide y baltoide) que denominó meridional-ibérico-pirenaico, presente no sólo en la Península Ibérica, sino también fuera de ella. Al estudio de los topónimos seriales (*ub-*, *ur-*, *urc-*, *uc-*, *murc-*, *bai-*, *-ul-*) y no seriales, sigue sumando ahora otros, pero aportando una novedad fundamental: cartografía sus patrones distribucionales, establece las correlaciones con el material genético europeo y extrae de allí sus conclusiones.

La Tercera Parte del libro, «Indoeuropeos y euskaldunes en el País Vasco y Navarra. Genes, lenguas y topónimos», comienza con una breve *Introducción* (pp. 367-372). En ella FV recuerda que la convicción de la presencia de los

(paleo)euskaldunes en el Norte de la Península Ibérica desde el Paleolítico o, al menos, el Neolítico, no se basa en argumentos arqueológicos ni onomásticos, sino que arranca de una visión simplista y un prejuicio que procede de época renacentista: «como ahora están ahí y no tenemos información histórica explícita sobre cuándo se hayan asentado, pues estarán ahí desde siempre» (p. 367). Esta forma de pensar tuvo su acomodo entre los lingüistas, arqueólogos e historiadores posteriores, llegando hasta el siglo XX. Hubo, no obstante, voces disidentes y entre ellas se encuentra la de M. Gómez-Moreno que en los años veinte del siglo XX ya proponía reconsiderar el carácter ancestral de los vascones basándose en estudios antroponímicos. No acometió, sin embargo, un estudio toponímico de las fuentes clásicas. Esa es la labor que llevará a cabo FV en esta segunda parte. Antes de aplicarse al estudio lingüístico de esa toponimia, ofrece al lector el material de los estudios genéticos necesario para llevar a cabo la correspondiente correlación. Este conjunto lo expone en los cinco primeros capítulos.

FV desarrolla lo que considera la principal contribución de esta parte del libro (p. 428): «el análisis etimológico de los topónimos antiguos en los actuales territorios del País Vasco y Navarra y su valoración como criterio de la antigüedad del euskera en la Península Ibérica». Estos límites, como es lógico, no tenían ninguna validez en la antigüedad, así es que el autor prefiere recoger y analizar material en territorios adyacentes. Establece dos zonas y la siguiente clasificación de los topónimos y etnónimos: A) Zona occidental: comprende los territorios de várdulos, caristios y autrigones, lo que viene a ser el actual territorio del País Vasco, pero con las zonas aledañas de parte de Cantabria, de las provincias de Palencia y Burgos, y de La Rioja. Aquí también habría que incluir algún material de los berones (La Rioja). B) Zona oriental: territorio vascón, constituido por la actual provincia de Navarra, parte de la de La Rioja, la parte norte de la provincia de Zaragoza y la mitad occidental de la de Huesca. Aquí también podría considerarse algún material atribuido a los celtíberos.

Antes de valorar este material, en el que salta a la vista la pobreza del aporte vasco, FV propone eliminar la idea de que el sufijo toponímico prerromano *-oss-*, que daría lugar a una serie de topónimos del Norte de España (Norte de Navarra y Aragón) terminados en *-ós* y *-ués*, es euskera. No hay ninguna base que lo confirme. Es más no puede descartarse que se trate del sufijo latino *-jusus*.

En el noveno y penúltimo capítulo, lleva a cabo FV una clasificación del material antroponímico y teonímico de las mismas zonas indicadas arriba. Sin entrar en análisis lingüísticos y basándose fundamentalmente en los trabajos de M.<sup>a</sup> L. Albertos y J. Gorrochategui, puede observarse que los datos vienen a coincidir con los de la hidro-toponimia.

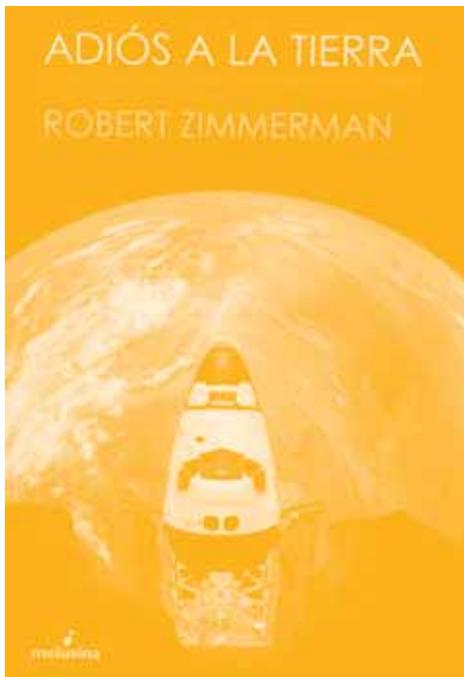
En definitiva, de los 70 topónimos recogidos en fuentes antiguas y localizables en el actual territorio de las tres provincias del País Vasco (32) y en el territorio vascón —Navarra y parte noroccidental de las provincias de Zaragoza y Huesca— (38), sólo dos son etimologizables como vascos: *Oiasso/Oiarso* (actual Oyarzun, Guipúzcoa, sospechosamente cercano al territorio eusquérico de Aquitania) y *Pompaelo* (Pamplona, sólo en su segunda parte *-il-*).

En cuanto al material antroponímico es indoeuropeo en su totalidad en los territorios del actual País Vasco, a excepción

de dos (*Ilunna y Belteso*); mientras, hay una cierta concentración, ocho (*Abinsuhari, Dusanharis, Ederetta, Edsuri, Narhungesi, Naru[,]eni, Serhuhoris, Ummesahar*) en el territorio vascón, si bien están en minoría frente a los indoeuropeos (9) y, sobre todo los ibéricos (c. 30). De momento, sólo se ha encontrado un teónimo de etimología vasca en el territorio del País Vasco, *Helasse*, y, de nuevo, hay una mayor concentración en el solar vascón (6: *Errensae, Larrahi, Losae, Losae, Loxae, Selatse*).

Estos datos son, a juicio de F. Villar, incompatibles con la presencia ancestral de euskaldunes en esas zonas. La ausencia de topónimos vascos anteriores al s. I a. C. (*Pompaelo*) induce a pensar que no había euskaldunes allí mucho antes de esas fechas. En todo caso, el estrato étnico-lingüístico más antiguo detectable del País Vasco y Navarra es indoeuropeo, sin que se pueda precisar desde cuándo está allí. Le siguió uno celta, principalmente en la parte occidental del territorio (País Vasco). Un estrato ibérico, más tenue que el celta tal y como parece indicar la menor densidad toponímica pero mayor antroponímica, se asentó con posterioridad en la parte oriental (Navarra y Aragón). Aquitanos y Galos llevarían a cabo infiltraciones desde el otro lado de los Pirineos y ellos serían los responsables de los escasos respectivos datos toponímicos. Parece que habría que esperar a los siglos VI-VII d. C. a que llegase una masa poblacional aquitana y, por lo tanto, euskalduna a este lado de los Pirineos. La cuestión que queda por estudiar es desde cuándo están esos hablantes de lengua eusquérica en la actual Francia.

Carlos Jordán Cólera



Robert ZIMMERMAN: *Adiós a la tierra: estaciones espaciales, superpotencias rivales y los viajes interplanetarios*. Barcelona: Melusina, 2005, 578 pp.

### Secuencias de la carrera espacial

Entre las paradojas que nos depara el siglo XXI está la de que haya hombres en nuestro planeta viviendo aún en aldeas de palafitos mientras otros comienzan a vivir en el espacio. Justo al conmemorarse el centenario del fallecimiento del escritor francés

Jules Verne, a quien se debe la divulgación, entre otros sueños, de aquél que hacía posible para el hombre la llegada a la luna, la joven y emprendedora editorial Melusina lanza al espacio editorial en castellano una obra aparecida en inglés en el 2003. Su autor, Robert Zimmerman, es ya conocido de los interesados por el tema de los viajes espaciales.

Es *Adiós a la tierra* la narración de una aventura aún viva que se inicia con las primeras estaciones espaciales de los años 70 y 80, las *Salyut* (rusas) y el *Skylab* (americano), y que se sucede luego con el costosísimo e inviable proyecto de la *Freedom* americana en los 80 y, posteriormente, desde mediados de los 80 y durante las dos décadas posteriores, la verdadera odisea de la *Mir*, que supondría numerosos cambios en la concepción soviética de la aventura espacial a la vez que un impulso decisivo en la colaboración internacional y la participación privada en la financiación de los viajes. Todo un proceso que al principio hizo pensar que la salida del hombre al espacio sería un paseo, lo cual se demostraría con el tiempo una equivocación que sólo se fue asumiendo a medida que se iban incorporando mejoras a los proyectos técnicos para lograr mayor eficacia y evitar la pérdida de vidas humanas.

Todos estos aspectos se encuentran contextualizados por Zimmerman en el propio desarrollo de la política a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, lo cual introduce de lleno este capítulo de la historia de la ciencia en el propio devenir de la historia social. Así se comprueba que se trata de un desarrollo éste que no fue ajeno a la competencia política de las superpotencias que auspiciara la Guerra Fría, sino todo lo contrario. Resulta evidente reconocer este hecho que, al final, redundaría en beneficio de toda la humanidad, como ocurriera con internet y tantos otros aspectos de la ya larga historia de las telecomunicaciones.

De hecho, los acuerdos internacionales de Helsinki, en 1975, supusieron el abandono por parte de la URSS del carácter militar de los viajes al espacio, algo que EEUU ya había asumido una década antes. En este sentido, uno de los indiscutibles logros del libro es el de hacer más transparente la parte soviética de la aventura, por ser menos conocida durante las décadas pasadas. De ahí también que el libro preste mayor atención al contexto soviético, del que se aportan datos sorprendentes en ocasiones, extraídos de entrevistas mantenidas por el autor con los propios protagonistas de la aventura espacial.

De cualquier manera, hay que resaltar que no es corriente hallar este tipo de libros técnica o editorialmente atrevidos, o sea, completos a pesar de su especialización, generosos con las páginas y las partes de notas, bibliografía y completo índice onomástico, que mejoran y hacen necesaria la obra no sólo para los amantes de la ciencia ficción y de la menos ficticia carrera espacial, sino, en general, para el interesado por este periodo de la evolución humana que ha sacado a nuestra especie de su hábitat primigenio.

No cabe duda de que, algún día no muy lejano, lo acontecido en el último medio siglo se enseñará en las escuelas como hoy se hace con el Renacimiento o épocas de similar trascendencia para el desarrollo de la Historia. Desde esta perspectiva, podría decirse que estamos ante un buen manual para conocer lo que hoy sólo es un balbuceante comienzo en la indagación de un espacio exterior que nos resulta cada vez más extraño y menos ajeno, y cuyo desarrollo inicial ya parece haber enseñado al hombre numerosas cosas, entre las que están la necesidad de la transparencia y la gestión eficaz. Una conclusión a la que parece llegar Zimmerman cuando manifiesta que el espacio se muestra implacable y que «los seres humanos no colonizarán los planeta y las estrellas mintiendo».

Francisco José Rodríguez